

LIBRE EXAMEN

PERIÓDICO SEMANAL, ÓRGANO OFICIAL DEL CENTRO DE LIBRES PENSADORES DE BOLÍVAR

Aparece los Domingos

No se devuelven los originales

Tiene responsables

REFLEXIONES

—s—

La resistencia está en la fuerza. Pretended hablar a un Titán y pretendéis un imposible.

Solo se doblegan las cosas débiles, las fáciles, las inconsistentes. Aquellas que carecen de nervio o que les falta trabazón para agarrarse o basamento en que afirmarse.

El mayor poder está en el mayor esfuerzo o, de la misma manera que la mejor resistencia se ejecuta con el poder de su valor.

Veló sinó al hombre y sus doctrinas. Contemplad a los que luchan venciendo a la adversidad y a los que son víctimas de la corriente.

En unos el carácter se revela, en otros la debilidad se manifiesta. La lucha de sus campos es una lucha desesperada, obra la ley de selección y triunfa casi siempre la ley del fuerte.

Ya sea por el bien como por el mal, en ambos el fenómeno es idéntico. Porso bre el sentimiento, la razón; por sobre la razón, la fuerza.

Poco puede importarnos de que haya reparos y contradicciones. Los hombres chocan, las tendencias se combaten, las doctrinas se repelen, cuando las ideas triunfan.

Está por encima de la lógica la convicción, y por encima de la convicción la fuerza suprema de los ideales.

Con eso se demuestra que el mejor ideal no es el más ampuloso sintéticamente hablando, sinó el más concentrado, el más reducido en extensión, el más íntimo.

La fuerza gana cuando se reduce en extensión, y pierde cuando gana en expansividad.

Haced que vuestra idea os pertenezca a por entero, que no dependa directamente de nadie, que se ajuste a vosotros y para vosotros, y tendréis ya conquistado vuestro ideal: la convicción en el pensamiento; la lógica en la razón; y la fuerza en la actividad.

El que vence solo, vence más que quien vence acompañado; y es preferible y aún por egoísta caer estando solo que no en unión del que ha de hacer siempre más dolorosa y grande a la caída.

La fuerza no viene sinó escudo el ejercicio, y el hombre no podrá ni sabrá nunca encontrarla, mientras no empiece por

conocer y reconocer el carácter y la fuerza que informa en sí mismo.

CHANTECLAIRE

Diálogo ocasional

—s—

—Hola che! Como le va?

—Caminando amigo, caminando. Bien y usted?

—Hombre... no del todo mal.

—Me alegro. Que se dice por ahí.

—Poca cosa.

De repente, como recordando, exclama:

—Ha visto, che...?

—Qué—responde el otro—la conflagración europea? Pist... Eso es muy viejo, se ha pasado de moda.

—No, amigo! No me refiero a conflagración alguna. Le pregunto, tan solo, si sabe de un caso...

—Un caso? No, no sé.

—Es un caso curioso, único casi.

—Y de qué se trata, che?

—Pues, de un individuo que ha querido llado a otro porque éste le ha devuelto una piedra...

—(¿?)

—Sí, una piedra, que el querellante confiesa haber tirado en el rostro, sin dar en él, al querellado.

—No le entiendo, che.

—Pues, lo pondré en *autos*, como se suele decir en lenguaje embaresco.

—Venga, entonces, el antecedente.

—Bien. Este sujeto es encargado de un conventillo, en el cual hay siempre ridas a granel. Este, las inicia y las aliena. De ahí que, siendo este sujeto el principal promotor, tenga veleidades ab solutistas, y, se crea, por esto, con derecho a todo: hasta para calumniar de la forma más artera y vergonzante.

—Pero...

—Sí. El juez ya le conoce. Este sujeto es un desfachatado. Es capaz de traicionarse el mismo. Así como no se dá a los demás! Figúrese el caso: Le tira una, dos o mas pedradas al otro; y éste le devuelve una, que le pega en un ojo.

—Justo, entonces, que lo querelle?

—Ya ve. Pero, lo curioso del caso, es que no lo querella por ésto; sino, por que él no pudo herirlo. Y no ha de poder! El otro es más fuerte, es superior.

—Quién, el querellado?

—No, hombre.

—Ah!... Y el juez que dice?

—No sé. La cosa se complica: Tome en cuenta: Los inquilinos del tipo ese, están de parte de él; le defienden con una despanpanante parcialidad.

—No me lo explique!

—Que no se lo explica? Es muy sencillo. Vea. Esos inquilinos que usted dice están de su parte son, ni más ni menos, de la misma catadura que el encargado, che. No le quepa la menor duda.

—Posiblemente.

—Y dígame, che: ¿porqué fué la pelea, el motivo inicial, que dio margen al pugilato; es decir: a las pedradas?

—Es verdad ¡caramba! me olvidaba decirle la causa, el «motivo inicial», como usted dice; che. Pié en que no se lo figura?

—Si le pregunto...

—Pues, porqué el querellado no le quiere alquilar una pieza en su conventillo. Ya ve. Una estupidez!

—¿Que cosa bárbara!

EBO

Actitudes

—s—

«Vosotros sois muchos, y e ro alcanzaré más un diere to que una turba de necios.»

«Verá mejor al sob un águila sola, que no un ejérr to de lechuzas.»

Frijón.

Ya se ha dicho infinidad de veces: no son los números los que deben contar se, son solamente las verdaderas unidades.

Puede más el carácter de un individuo en una emergencia cualquien, que no el espíritu de rebato de todo un pueblo. Las cosas en común, ni siendo relativas valen. Lo que se tiene nadie lo desca.

De igual modo es para el individuo la crítica sin fundamento o los ataques sin consistencia. Cuando se tiene una virtud acrisolada, el embate de los necios se res trella.

¿De que podrá temer un águila cuando sus alas le permiten remontarse a las más elevadas cumbres?

Así es el carácter del individuo. Aguil la que se remonta sin hacer caso de aquel ejército de lechuzas que le quieren privar del espectáculo del sol.

Arriba está el triunfo del saber, del conocimiento, de la verdad, de las artes, de las cosas bellas. Está la luz. Está el advenimiento. Está la renovación. Está el mañana.

A sus pies en cambio se arrastra la envidia, se debate la impotencia, se reuerce lo inútil; la escoria de la vida que no ha sabido ni siquiera hundirse. Las lenguas que se disponen a lamer los pies del mismo que execra. Los reptiles repugnantes, que sueñan en medio de sus delirios de que podrán todavía entenebrecer los rayos enviados por el padre de su sistema.

Las alimañas en fin, que ignoran de que solo son los espíritus alados que no pueden volar abandonando las miserias de la tierra.

S. M. L.

Laudatoria

La virtud es un puro espejismo. Dimana del contras- te de los vicios.

Nada ofreciera repulsión si no quisiera como hubiera virtudes. El contraste, y solo él, acaba por mostrarnos vicios en lo que a falta de ello solo sería normalidad.

En vano los moralistas pretenderán que las cosas se encierran en un hermetismo absoluto. En vano lucharán por que la parte repulsiva de los vicios sea un estigma y las castidades un aliciente. En vano harán escuelas y dogmas, preceptos y consejos, para que el hombre siga el camino que ellos le indican. No se tuercen tan fácilmente las voluntades, ni se muestran tan poco y de otro parte muy nítidas que digamos las virtudes.

Las legislaciones de moral son a la vida humana como el corsé para las mujeres. Deforman. Solo valen mientras tiranizan o hacen como el corsé, esclavos de los cuerpos, y se afianzan tan pronto desaparecen las presiones.

Por eso que la verdadera moral, la castidad, las virtudes todas, no debían buscarse fuera de la Naturaleza. En ella y solamente en ella es donde tiene su puesto la moral, la ley única que se concibe regula el transcurrir de los individuos. Solo la civilización corrompe.

Dirijamos nuestra mirada a las bestias, a las especies que decimos inferiores de nuestro reino, y solo aquellas más cercanas al hombre son las más corruptas y viciosas. Las que están lejos, las que viven retiradas de la sociedad, las que no conocen nuestra cultura y nuestro progreso, son las menos virtuosas, pero también las menos corrompidas.

Y es que las virtudes como vengo di-

ciendo, no son más que apariencias de contraste; resultantes de tiempos y de ambientes, que a pretexto del bien cultivan al isócono el mal.

Matemos las virtudes y quitaremos los vicios. Seamos normales y nada más que normales y seremos verdaderamente hombres.

VIRIATO EPAMINONDAS.

Por su mismo bien

Todo aquel obrero que siendo concier- to de su clase y deseando no perpetuar en su estirpe la miseria que le corroe y que le obliga, está en el deber de cuidar un punto único y capital: la salvaguardia que lo deje a cubierto de esas eventualidades; la educación de sus hijos.

Si los males de la sociedad se perpetúan y los dolores recaen luego sobre el hogar misérrimo del proletario, es mucha la culpa que el proletario tiene también en la desgracia.

Por lo general, en el hogar obrero, más necesitado que ninguno de la instrucción, se descuida a ésta de manera completa. Los padres a pretextos de exigencias de vida unas veces y otras por indiferencia, abandonan su prole a la fábrica o al arroyo, lugares donde adquieren vicios y raquitismo, pero nunca virtud ni fuerza física o moral.

Y no es tan tiránica la exigencia que digamos. Por malo y contrario que sea hoy el ambiente, el que más o el que menos, todos tienen una hora diaria y una escuela, centeo libros para que les sirvan a ponerles a cubierto de la ignorancia. No será nunca lamentándose resignadamente de los males como se curarán, ni se á tampoco obrando con la violencia inconsciente, que ignora lo que hace, adonde vá y hasta lo que persigue.

El deber y la necesidad del obrero, es la de superarse y elevarse intelectualmente, ganando minuto tras minuto, paginas al calendario de lo misterioso, y rodeándose del amplio campo y horizonte que ofrece la familiarización con las letras y con los numeros, con las ciencias y con las matemáticas, con la técnica, con las artes y con la belleza, con todas esas hermosas cualidades en fin, que elevan poco a poco a los hombres, pero en forma consistente y estable permitiéndoles gozar de la justicia y de la libertad, y evitándoles del sinnúmero de abusos y de tiranías que solo viven y martirizan cuando les ampara en su ejercicio la impunidad, por la indolencia y la miseria de las víctimas.

Los obreros pues, tienen en su prole, una misión dignísima que cumplir. Y en lugar como lo hace una gran parte de corromperse con el alcohol y con las barajas, cuando no rebajándose a sitios o a cosas peores; necesario fuera que por su

misma miseria se cuidase un poco más de los suyos, evitándoles de ser mañana lo que son ellos hoy, y propendiendo de ese manera a regenerar como se debe a la humanidad corrupta en que se vive.

TEOCRITO

Galería social

Viejas de sieristia... Tormento de fraile.

Arrebujada en un manto de paño cual si ocultara el rostro de expreso, todos los días como fiel sabueso adquiere el porte de animal extraño.

Lo mismo es hoy que lo que fuera au- [taño y sin ningún reparo lo confieso, valiese más de que tuviese seso y desechase ese vivir hurafío.

La humanidad se burla al contemplarle... La Razón se enrojece de vergüenza, y el cura mismo sufre al confesarle decirle procurando se convenza: «¿Porque con tan'a bjecación comulgas?» «No ves querida que me traes las pulgas?»

José M. Rodrigo

Las gestiones legalitarias

(DEL NATURAL)

—Mirá, a mí con «la piolita».

Eso de andar de oficina en oficina, entrove-tándose con la burocracia que tiene a «la sarten por el mango», queda para los inválidos. Nosotros no podemos, si es que queremos pasar por hombres de «pelo en pecho», hacer esos ridículos papelones. Eso, como te digo, queda para los inválidos...

—Sí, pero...

—¿Pero qué...? ¿Acaso no demue- tra, de una manera evidéntisima, la so- ciedad «La Fraternidad», de maquinistas y foguistas, lo que te estoy diciendo? ¿Cuántas entrevistas han tenido para ha- cer de que fuera readmitido el personal que había quedado cesante en la última huelga!

¿Y qué; que ha conseguido? Para- sas, hermano, promesas...

—Pero si el gremio fuera unido...

—Eso, precisamente eso, es lo que de- bemos buscar: que el gremio se una y sea una potencia... y no «estar esperan- zados a que «los dulces caramelos» de las gestiones legalitarias vengán a resolver nuestras cuestiones!

Sino, ¿que han conseguido hasta ahora? Primero, fueron a ver al ingeniero Nogués, el «camarero» director de ferrocarriles; mas tarde, al ministro de Obras Públicas, el nunca olvidado Ramos Mejía; después, cuando han visto de que estos «no les llevaban el apunte», a algunos de los secretarios...

Es el colmo, hermano, es el colmo! ¿Yo no sé como no escarmentan!

¿Que mas quieren que les hagan...?

El funesto e inolvidable ministro ya mencionando, los embromó hasta mas no poder; tuvo influencia preponderante en la aprobación del decreto del 8 de Enero de 1912, — que hacía que cualquier «crasaburro» subiera en una locomotora —; los trató de piratas; y, por último, para reírse de todos ellos, para tomarlos para la «batifarra»; se fué a comer opíparamente con los accionistas de Londres.

¿Y el presidente? ¿Qué me dices del presidente de la república? Les dió su «palabra de caballero»; les dijo que todo el personal sería nuevamente readmitido! Y... ¿se cumplió la palabra...?

Hoy, hace de esto tres años, y todavía andan llorando como criaturas para que los atiendan, y que readmitan al personal cesante! ¡Pobres hombres! ¡Que poca confianza tienen en su misma fuerza... siendo que ésta, por sí sola, es capaz de hacer temblar a todos los poderes constituidos!

Pero, no hay cuidado, va se cansarán...

—Por lo pronto, han recibido una buena lección de la novel sociedad que se llama la «Federación Obrera Ferroviaria», al aparecer en su primer congreso el federalismo amplio y revolucionario.

Dicha aprobación les dice a gritos que a los ferroviarios hay que organizarlos con bases sólidas, si es que se quiere tener una fuerza única e indestructible: la acción directa.

—Esa sí que vale, hermanito! Los gobiernos no valdrán «un pito» cuando todos los ferroviarios sepan defender, como hombres, sus genuinos intereses de explotados: cuando todos, a la voz de «¡aurea!», marchen juntos y unidos por un mismo camino!

Vicente T. Dáquila

Las tragedias del cuartel

Aún conservábamos en el rostro el gesto iracundo por la última infamia; aún vibraba en el ambiente el eco de nuestras voces de protesta; aún el conscripto Romero abierta y sangrando su herida no había marchado para su aciago destino, ese destino infausto depara-

do por las brutalidades de un cóligo militar; cuando un nuevo hecho, una nueva tragedia, viene a exasperar nuestros nervios, a violentar nuestras psiquis, a ahogarnos la ira, por este dolor que lucha por estallar.

¿El hecho?... un conscripto que se suicida.

¿El motivo?... el no poder soportar las brutalidades y las infamias del cuartel. He ahí la síntesis de la tragedia.

Jóvenes de 20 años, madres que tengan hijos a quienes la patria llamará para hacerlos servir en el cuartel, oíd lo que la víctima le escribe a la madre antes de poner fin a sus días... «Desde ese día a esta parte no pruebo alimentos de ninguna clase y se me obliga a hacer ejercicios que el cuerpo no permite, y he llegado al punto de que tengo una debilidad extremada y que veo dibujarse en el rostro la sombra de la muerte, y antes de seguir padeciendo sin que mis quejas sean oídas, he resuelto quitarme la vida.

¿Porqué los médicos en el ejército no oyen cuando los soldados dicen estar enfermos? Yo no sé, madre de mi corazón; sé que este será uno de los peores golpes de tu vida. Pero el destino lo ha querido así, y así ha sucedido.

Dios conserve tu alma, que siempre ha sido tan buena para todos. Adios; ya no te veré más. Perdóname. Tu hijo: Ricardo Escañón.

Madres... ¿que palabra sería más eloquente, que es lo que la pluma podría escribir que os llegara mas hondo, que más angustiosamente os haría vibrar vuestro alma, ahogaros de sentimiento, como ese «Adios, ya no te veré más. Perdóname: Tu hijo?»

¿Que anatema, que acusación más convincente podríamos lanzar contra el militarismo que podría sustituir a ese «antes de seguir padeciendo sin que mis quejas sean oídas, he resuelto quitarme la vida...?»

Madres que teneis hijos, jóvenes a quien el cuartel os espera. Ricardo Escañón ha inferido a su madre el peor golpe de su vida: ha renunciado a sus ilusiones, a sus amores, a su juventud, por no poder sufrir moral ni materialmente los rigores y las infamias del cuartel.

Este y sangrienta su historia. Tan triste y sangrienta, como la de esa juventud que tiene su vida y su libertad a merced de un galoneado.

Madres que tenéis hijos, jóvenes a quien el cuartel os espera, imaginad los abusos, las arbitrariedades, las infamias con él cometidas; porantos de los vejámenes, de la angustia, de los dolores sufridos; interiorizaos del proceso psicológico que ha precedido al trágico epílogo, y entonces comprenderéis el porqué el hombre llega hasta el crimen, como desesperante solución a una vida de angustia y de violencia.

El militarismo imponiendonos la dura

ley de la obediencia, creando el automatismo que ante nuestra conciencia nos rebaja a la condición de máquinas, que con la insensibilidad y la brutalidad que lo caracteriza pretende imponernos los rigores de la disciplina sin tener en cuenta la resistencia o el estado de nuestro organismo, es lo que determina los actos que como a Escañón lo llevaron al suicidio y a Enriquez lo llevaron a Ushania. Es la máquina que estalla al no poder resistir el combuñible.

Madres que amáis vuestros hijos, jóvenes que amáis vuestra vida, la gaes la lista de los que «pletóricos» de energías fueron al cuartel y dieron en sus huesos en un prelio o en una cosa; madres que vieron marchar a sus hijos luego les vieron con grillos y sentados en el banquillo del regimiento que dieron a sus madres, sus hermanas y sus novias un beso de «hasta luego» más tarde sirvió de despedida. No son nuestras palabras, son los hechos que lanzan contra el cuartel su más fiero anatema. Enriquez, Romero, Escañón, y antes Vialta, Fries, Urueña y millos otros, apóstoles que lanzan contra el militarismo su más enérgica acusación.

Francisco R. Canosa

Los superfines

Como hacen que surca el océano mecida por los impetus del viento, teniendo como cielo el firmamento y por divisa al insosdable arcano.

Sin que haya nada que haga de su manografía que marque dicción ni tormento, ni fuerza que dirija al pensamiento, ni sol que alumbre al valadar humano.

Así va el hombre que en fatal carrera por nada ni por nada desespera viviendo en el silencio adormecido.

Y haciendo del encanto y la belleza, la negación, que en su grandeza el triunfo del vivir no comprendido.

A. NIL

Consecuencias del fanatismo

Para don Tito, y los suyos...

El fanatismo es la resultante directa de casi todos los males que padece la so-

Libre Examen

ciudad. Muchos hombres en estado de incipencia, huérfanos de convicciones propias, se cristalizan en una idea que la creen sublime, sin antes tratar como sería lógico, de investigar si por medio de alguna otra, podríamos llegar al ansiado perfeccionamiento de las instituciones. Se fanatizan lamentablemente, embriandose en la lectura de "grandes libros", por lo cual se creen con sobrado derecho para darselas de "utopistas Americanos"; pero en realidad, no pasan de ser más que unos insipidos vengleros. Tal acontece con esa falanga de vociferadores altisonantes, y follones mente catos, a la cual forzosamente tenían que pertenecer dos poetas ambíguos de la catadura de "Tácito" y "Veritas Veritates".

Su artículo eminentísimo Tácito, titulado con un pomposo epígrafe, y en el que se las quiere dar de crédito en gramática, pareciéndome poco compararlo con Menéndez Pelayo, ha sido admirablemente apadrinado por otro, cuyo título lleno de puerilidad me llena de compasión. La intención de ambos parece haber consistido en alucinarme con dictarios que por la fuente de donde emanan, no pueden llegar a la cultura de mi desdén.

La sátira que usa «Don Tácito», en la que hace absurdas comparaciones, may en relación con su pluma, se asemeja a los gestos repugnantes que hacen las máscaras en los días de carnestolendas para hacer reír al público... Después de haberlos leído detenidamente, se me fingieron una selva poblada de los destemplados y desesperados gítois, de los orangutanes cuando han sido mortalmente heridos. ¿Y Vd. cree «buen Tácito» que se puede ir hacia la perfección haciendo gala de argumentos insulsos sin concretar verdaderos ideales?

¿Y Vd. «Veritas Veritates», toda una empuñadura, cree que el refutar verdades, consiste en falsar hechos, en provecho de una mistificada rebeldía? Acaso habrá sido alguna mujer amiga suya que lo han aplicado la pena capital en la República Argentina?

Escriba menos y diga cosas más verdicas.

¿Cree que por haber leído mucho está en condiciones de llevar todo por delante? A este respecto voy a citarle un pensamiento del célebre escritor francés, Alejandro Dumas: «Los que leen saben mucho, pero los que miran saben a veces más». Tácito dice: a los ciudadanos Antill y Barrera, se aplicaron la ley de Defensa Social, por deificar la muerte del Coronel Fleco. Datos de fuente autorizada, que no es del caso citar, me han hecho entender que aparte de eso, otros fueron los motivos que tuvieron los jueces para aplicar dicha ley a los subsodichos ciudadanos. No tengo el propósito de apoyar dicha condena, por no compararlos a esos señores, con muchos hol-

gazanos que faltos de ganas de trabajar, inducen a pacíficos obreros a promover desórdenes, para que queden sin trabajo y poder cantar todos en coro. ¡Viva la Anarquía!

¿Que diría Malato si se llegara a suponer como se mistifican los ideales que predicara Jesucristo! El sabio Inglés Herbert Spencer, refiriéndose a los que no les gusta trabajar dice: «Todo individuo que no quiera trabajar por la razón de no parecerle bien, es inútil para la sociedad, y por consiguiente hay que apartarlo de ellas».

II

Debido a múltiples e ineludibles obligaciones no pude explayarme mayormente como eran mis deseos en mi artículo anterior. Pero en vista que se han referido mis argumentos para crear ventaja, voy a definir con palabras claras y precisas lo que significa la democracia argentina desde la promulgación de la ley 8871.

Todos los que se mefian de la actuación presidencial del Dr. Sáenz Peña, es porque no alcanzan a comprender las bondades que ella encierra, debido al ofuscamiento con que estudian las cosas que no pertenecen a sus "immaculadas creencias". El resultado del voto secreto y obligatorio se hizo sentir bien pronto, pudiendo llegar al seno del parlamento genuinos representantes de todas las clases que, si no cumplieron totalmente lo prometido al elector, es debido a que, todavía por desgracia quedan residuos de aquellos viejos y abominables oligarcas, que se entronizaban en el poder mediante viles trabas eleccionarias, y apuntalados por las bayonetas policiales. Jamás hemos contemplado en nuestro país, un parlamento como el actual, compuesto por tendencias heterogéneas. Como con secuencias directas de elecciones libres, a base de padrones bien saneados, y sin intervención de los funcionarios públicos como en épocas anteriores, el Socialismo Argentino, consiguió demostrar al país entero, los grandes prestigios de que goza, principalmente en la Capital Federal; en donde consiguió hermosos triunfos, llevando al congreso diez legisladores que, han llegado sin cesar con altruismo de espíritu, por el bien del pueblo, presentando benéficos proyectos tendientes a mejorar la situación de la clase proletaria. Antiguamente el presupuesto era sancionado a libro cerrado; hoy se discute, y en esa materia hemos visto a muchos diputados impugnar partidas innecesarias, y si no consiguieron el logro total de sus justas aspiraciones, fué debido a las causas que mas arriba menciono; pero sin embargo, sentaron un hermoso precedente. Desgraciadamente, ese precedente ciudadano, — me refiero al Dr. Sáenz Peña, — sucumbió arrastrado por la muerte inexorable, cuando su acción de demó-

crata se hacia mas necesaria; no obstante al desaparecer, dejó bien delineado con caracteres de oro, los horizontes de la verdad republicana. El Dr. Juan B. Justo, refiriéndose a la muerte de ese gran republicano dijo: «El Dr. Sáenz Peña ha sido un constructor, un creador. Ha realizado sin esfuerzo aparente de este continente de revueltas sangrientas y estériles, una verdadera revolución inermista. Lo colocamos al nivel de los hombres que en el arte y la ciencia, en la economía y en la técnica propulsan el progreso humano».

¿Que me dicen de lo que antecede a Sáenz Peña y Veritas Veritates? ¿Saben que, a la conquista de un gran ideal, se va escudado en la verdad, y no en distables subterfugios! Que tenemos malas leyes sería irrisorio el negarlo, pero hay que tener en cuenta que nuestra Constitución data del año 1859, si bien se han ido modificando muchos de sus Artículos; y a medida que la democracia se extiende por todos los confines de la república, se irá aboliendo todo lo que de vetusto y anacrónico tengan nuestras leyes. De un solo aliento no se desmoronaron viejas y arraigadas prácticas. Hay que sembrar la simiente, luego ésta da su fruto. Don Tácito y Veritas Veritates, en sus respectivos artículos, creen desprestigiar nuestra democracia, citando el militarismo. Con respecto a este asunto voy a hablar detenidamente. Soy contrario a la guerra que tiene como único medio a la conquista de pueblos débiles, o lleve por único fin implantar la hegemonía comercial. Pero en cambio, no repudio aquellas contiendas sangrientas en las que se ven obligadas a intervenir muchas naciones, cuando se pretende ultrajarlas por su escaso poder; es decir, atacar contra su soberanía. Por eso aplaudo sin reservas la actitud de Bélgica frente a la invasión Tontona, que al decir de Mauricio Maeterlinck «ha impedido que sean derrotadas las fuerzas de la civilización». Yo propicio el desarme universal, pero no sería yo quien aconsejara a la República Argentina que se desarmara, sin antes estar seguro que, esa noble y humanitaria actitud, sería imitada por nuestros vecinos: Brasil, Chile y Uruguay; quienes en mas de una ocasión nos han demostrado lo poco simpático que le somos; quizás a causa de nuestro rápido adelanto, en todos los órdenes. Y, para robustecer mi opinión, no tenemos más que dirigir una mirada a la Banda Oriental, a cuyas cámaras legislativa se acaba de presentar un proyecto — descontentándose su aprobación de antemano — por el cual desde en adelante el servicio militar será obligatorio y, hasta se pretende militarizar la infancia. ¿Se dan cuenta entonces predicadores! Tampoco es un misterio para nadie, las jóvenes Repúblicas Sud Americanas.

El insigne escritor colombiano Var-

gas Vía, refiriéndose a ese punto dice: ¿Cuál es el peligro de la América Latina? El peligro Yanki y más adelante agrega: «E los, han mutilado a México, apri- sionado a Cuba, conquistado a Puerto Rico, y despedazado a Colombia, con el robo audaz de Panamá...»

También Manuel Ugarte en su libro titulado: «El Porvenir de la América Latina», habla sobre esos poseedores de pue- blos indefensos.

Creo no haber tenido que recurrir a sofismas, para reputar a dos «celebrida- des desconocidas», tales como Tácito y Ver- ritas Veritales. Yo os aconsejo a am- bos, *Literatos de ocasión*, que si toda vuestra misión como escritores, consiste en tergiversos hechos, falsear ideas, y menoscabar la dignidad de cosas que no alcanzais a comprender, que tireis la plu- ma lejos, y no la volváis a tomar, hasta que no os hayáis redimido; quiero decir: cuando salgáis a flote de ese mar de embrutecimiento en que navegáis, con eminentes peligros de naufragar...

mundo hunde — semija: y Prometeo rompiendo sus dogales, — tanta fe en los humanos corazones no infunde — co- mo este incomparable relator de ma- les. — Hombre cumbre, hombre dios; hombre alma, hombre todo. — Hombre que era Jesús, Luzbel y Zoroastro. Mar- cación de una etapa. Término de un pe- riodo. — Planeta que en su ruta dejaba brillante rastro. — No has muerto. En mi memoria, tu recuerdo te grabado. — y enseñaré a mis hijos tu nombre a vene- rar. — Rezarán los futuros el nombre del hermano — con unción religiosa. Y tú no habrás pasado — de ser lo que aquí fuiste. Tu nombre ira de irradiar — por siempre por venerable por fervoroso an- ciano!

R. Ruiz Cerec

“Patrie”

—s—

El hombre adquiriendo paulatinamente —según los ambientes en que actúa— sentimientos abominables desde un pun- to de vista humanitario, persiste en fecun- dizar regímenes, en implantar dogmas que la razón ignora.

El sentimiento es colectivo, es decir, la adoración de patrias e ídolos, tiene la revelante característica de la ambición o del miedo.

Dilucidando estas anomalías, prejuicios morales, y falsas convicciones sociales, ponemos de relieve que individualmente nada conduce al hombre, y en cambio aporta a la colectividad, un privilegio y una esclavitud que se cubren bajo el manto de la ignorancia.

El egoísmo de la raza se sintetiza en la patria, val'a a la evolución de la hu- manidad hacia la perfección.

Nacionalismo es privilegio sinté- tico abraçando a la multitud con el único génesis que una tradición envuel- ta en una franja de obscurantismo, y un sentimiento inmisericorde a fuerza de insi- nuaciones enfáticas.

A un sistema aberrante ¡abr'a que ilu- minarlo, la ignorancia tiene su casta, la ciencia su luz. Las larvas sociales viven en secta, vituperan la razón, aman el fanatismo.

La esclavitud los ha convertido en ca- d'enas, aman a sus tiranos, detestan la libertad; son gusanos y para regenerar un gusano es menester aplicarles las alas. A fuerza de enrastrarse se puede llegar, pero a muy tardí, la humanidad sigue su curso y la generación olvida su estirpe.

TACITO.

Carta de una víctima

—s—

«Estimado don Marcos:»

Ha pasado el último correo en el que esperaba el auxilio pedido en un pres- tante, con el que me sostendría unos días más en esta situación horrosa de ham- bre y desesperación; la última esperanza la veo naufragar en el mar de hielo que me rodea; pero esto, lejos de aniqui-arme, viene a ser como un soplo cálido que reaviva mi existencia y da fuerza a mis fibras, serena mi espíritu y coordina mis ideas en estos momentos, para relatar a Vd. mi historia, que es bien sencilla y breve, como son todas las historias de los seres nacidos sin culpa en esta sociedad constituida y construida sobre un crimen. Cuando nací, pos la tita fortuna no cre- cida, pero sí lo suficiente para vivir con la ayuda de mi trabajo; cuando tuve la edad de poder trabajar, trabajé incan- sablemente, hasta los veinte y cinco años. La mitad de mi vida, con la esperanza de alcanzar un tanto mi capital, con la idea de vivir la otra mitad sin molestar a nadie ni ser molestado; pero, la decep- ción como ve Vd. está palpable; hoy lo solo es que a pequeña fortuna la desapa- recido, si que también el trabajo, y con el trabajo, la esperanza de poder vivir un solo momento sin pasar hambre. Compen- do que la sociedad está constituida del robo, que la honra más grande la tiene el que ha sabido enriquecerse con el sudor de los otros: a alguien le ha aprovecha- do mi sudor, pero si yo voy a pedir a este alguien, me arrojará a la calle o me mandará prender. Me sobra valor para robar sin ruborizarme, me conozco su- ficiente astucia para engañar a cualquier y poder vivir con el producto del ro- bo o del engaño, pero, Vd. sabe que no, y soy amado por una mujer que al sa- ber el método de vida, me arrojará de su lado y morirá de dolor al compren- der la clase de hombre que tuvo en sus brazos en momentos de delicia.

Mientras ha durado esta crisis que he podido resistir con los pocos recursos que tenía, he escrito mis obras, las cua- les no han podido ver la luz porque los editores no me daban mi nombre, te- nían miedo de perder una publicación; por esto me he desanimado y solo he ter- minado unos libros dejando otros en la mitad, y lo mejor de mi obra, lo dejo en el tintero, para que lo ignore todo el mun- do. Tengo mucho que decir, lo más im- portante era un problema que me había propuesto resolver en estos momentos, que acaso hubiese esclarecido el punto principal que tanto buscan los hombres para mejorar la angustiosa vida. Pero es- to irá conmigo a la sepultura.

La sociedad vil, esta sociedad bestial-

Rocario, de 1915

ROMA

(1) — N. R. — Volvemos a dar cabida y por última vez a defensas, particularis- tas que solo conducen con normas o sis- temas que combatimos. Nuestra libertad de discutir ideas no puede llegar al ex- tremo de permitir se usen en tal senti- do nuestras columnas. Para ello, los que crean y apolugnen a la política, espacio tienen en otra prensa. Esa que ve facili- ble la redención por ese camino.

Anselmo Lorenzo

—s—

«Cesaron los respousos del momento a tu última—y por eso derramo intempestiva lágrima».

—s—

Alma que era una hoguera que al Orbe lo incendiaba — con sus pinchazos ro- jos de fuego bienvenido. Lengua cuyas palabras, cual plomo derretido — caían en cerebro de aquel que lo escuchaba. — Espíritu rebelde que locamente alza- ba — frente de la esterilidad lanzando su alarido. — Temperamento estético que no se vio abatido. — Jamás, aunque sus bra- zos el juez encadenaba. — Tributo incon- movable cual fuente monolito; — alzaba el fúreo pecho que maldición rugía: — Y al varlo de aquel mudo; así mole de gru- nito; — el pueblo entesado, daba al aire su grito; — para matar los tira- nos y viva la anarquía! — ¡Rompanos las cadenas de un régimen maldito!

—s—

Obra magna la suya. Sansón que un

zada que solo busca el placer del vientre y gozar con el sexo aunque sea a costa de sus llantos, esta sociedad macabra que parece forjada en la locura de un Dios monstruosamente histérico, sociedad sin alma ni pensamiento, sociedad que no tiene en cuenta el porvenir para nada, que solo piensa lo que ve y gusta lo que palpa, esta sociedad que tiene en tre ella misma a los seres que la conducen y los deja que se mueran de hambre o se suiciden, para no verla más; esta sociedad deja que se vayan a la otra vida los hombres que han venido a regerla y los ve impasible, se ríe como una loca cuando ve que sucumbe entre la sombra una inteligencia superior a ella... Tuve «amigos» mientras tuve dinero, así son los amigos de todos: hoy no tengo mas amigos que yo mismo: me han dejado todos, usted sabe mi desdicha, tampoco se ha conmovido, esta bien: no le repudio su vil conducta, está es una consecuencia lógica: es la herencia de una raza que en vez de aniquilarse, se multiplica entre este crimen del siglo XX. Así estaba Roma a los setenta años del cristianismo y sucumbió. Ante esta monstruosidad que tanto se cieme sobre mí como sobre otros muchos, decido acabar con mi vida al terminar esta carta.

Este es un plan madurado en mis sienes desde hace algunos días. Como he dicho antes, me sobra valor y astucia para vivir, pero en mi conciencia no cabe la idea de vivir así; me consideraría cobarde si a mi alcance estuvieran los medios de trabajar, pero estos no aparecen, no es imposible vivir, pues podía seguir la vida aunque fuese implorando, pero como comprendo que no debo implorar puesto que he producido lo suficiente para no hacerlo; como veo que se me niega lo que en justicia me pertenece, y tendría que adquirirlo por la fuerza, y para mi fuerza habrá otra mayor que me castigue, dejo pues esta idea y sucumbo por mi misma mano para que no se culpe a nadie de este crimen. ¿Que existe un culpable? no hay duda: esta es la sociedad con su gobierno y sus leyes tiránicas.

Leyes inhumanas y bestiales como sus legendarios.

Sin que nadie me lo diga, se que mis trabajos pueden alcanzar un éxito.

Y con él daría el producto para que viviera desahogadamente los años que pudiera vivir, pero de este se aprovecharán otros, como ha sucedido siempre y seguirá sucediendo mientras sea necesario recordar a los muertos para dar crédito a sus obras. He aquí el error de la sociedad: solo se glorifica al hombre cuando le hacen la estatua, siempre a los mártires se los ha de glorificar, jamás a los que son héroes antes que mártires. Mañana, cuando reciba esta carta escandalizará a la población. Aprovechando los momentos de emoción de la enorme multitud, esa misma casa que se negó a ayudarme, publicará mis obras, usted se aprovechará del producto, y todo lo que fué contruido a costa de mis sacrificios, en mis noches fantásticas de hambre y de insomnios, será despilarrado con la sonrisa satisfactoria de lo que fué aquel valiente que supo caer en la lucha antes que doblarse. Ahora que solo unos momentos me quedan de vida, estoy mas sereno que nunca, veo pasar toda mi historia como una delicia que me sonríe y me canta, mi pulso le indicará que estoy tranquilo escribiéndole estas líneas que son mi misma existencia. Ni un momento se ha turbado mi razón, los seres que me rodean sentirán en los primeros momentos un dolor agudo, mi amada llorará sangre... me quiere mucho... Su amor ha sido la única fuerza que me ha mantenido en esta miseria tanto tiempo. Pero a la vuelta de poco tiempo, secará sus lágrimas y se guirá entre vosotros maldiciéndolos pero amando quizás una esperanza que yo no pude brindarle.

Van a dar las doce de la noche y es la hora fijada para hacer mi justicia, acaso si a esta misma hora sonara esa otra hora que he esperado tanto, quizás al sonar la detonación que ponga fin a mi vida me volvería un fantasma para seguir viviendo en el furor de la contienda; pero, esto es soñar en la agonía con el día de la sociedad futura. ¡Esta hora no suena!....

Acabo por decirlos, (porque ahora os hablo a todos) que no me voy vencido ni la cobardía me empuja a sucumbir, el suicidio lo he estudiado, y ni es ni cobardía ni valentía, (en algunos lo és) pero en mí no es mas que el resultado de una profunda meditación sobre la ruindad de la vida. No caigo arrastrado al fango de vuestra sociedad; no caigo vencido por el imposible de no poder seguir viviendo en cualquier forma. Caigo como el águila que se remonta y la sorprende la tempestad y cae de cumbre en cumbre haciéndose pedazos en los peñascos de los picachos nevados. Como cae el Atalaya que mueve el terremoto; caigo, y al caer dejo sobre vosotros mi eterna maldición, porque sois una sociedad prostituida, una caravana famélica que pasa el puente de la vida temblando al entrar y asustados al salir; asqueado de vosotros y sintiendo dejar este mundo que no es delicioso por vuestro culpa. Estais en una civilización de crimen, vuestra vida no es mas que una orgía, un festín de sangre, y aquel que mas manchas lleva en su traje de carnaval, ese es el elegido por vosotros para que os capitaneé; imbéciles y bárbaros, estúpidos y canallas, enclenques, asesinos y ladrones; he ahí vuestra sociedad!...

—s—

...Tras de las líneas que acaban de leerse, había una firma incomprensible,

era el nombre de un autor desconocido.

Muy de mañana al otro día, las columnas de los periódicos daban los detalles de un suicidio en diferentes formas; ya era un drama pasional, misterio por contrariedad de amores, ora por asuntos reservados de familia; como en todos estos casos, siempre desviando de la lógica lo que en su fondo tienen estos tristes espectáculos que diariamente ve y palpa la humanidad. Nadie es responsable de estos crímenes, como no lo es un rey del crimen de una generación entera, pero la sociedad actual, por ser ella misma un crimen, tiene a su cargo la responsabilidad de todos estos acontecimientos evitables, en estos días que son precursores de la regeneración humana.

Después de la lección dada a don Marcos, fue él el primero en prestar atención al cadáver de la víctima a cambio de esparcerse de sus escritos para inmortalizar su nombre. ¡Avergüénzate humanidad de condición de fiera!...

¡Ya han pasado muchos siglos sobre tí para que sigas siendo tan estúpida!

F. M. CASILDO

Y cuando caiga...

—s—

Bajo la torpe y ciega idolatría se elevaron los despotas patriarcales, explotando a las turbas siempre parcas, como ha mil años el más bruto hacha.

Estos nada aún harán, por verse un día libres de la ambición, reina de armas; porque son muchos títulos y marcas los propietarios de sus fantasías.

La libertad actual es solo un mito. Nadie se atreve a proferir un grito, que aliente al mundo en singular pelea

O el paso alumbra de este cataclismo. ¡Nadie lo detendrá! va hacia el abismo, y cuando caiga... triunfará la idea.

Ignacio de Brugat

“Locos” y locos

—s—

Y el loco pensaba:

Si todos los hombres fueran libres como lo son las aves, los peces, las flores; si los hombres trabajaran por estar en un solo haz todos los prejuicios que lo rodean desde hace inencontrables años, (que lo vienen anulando para toda obra pro-

gracia) y los arrojarán como carga fatídica; si no existiera el metal que todo lo soborna y lo corrompe, (causa de tantos males y de tantas claudicaciones humanas) por querer acumular grandes pilones de ese fuego exterminador venden a bajo precio lo más caro: la conciencia.

Si los hombres como tales, razonasen y no se acometiesen como fieras hambrientas, para satisfacer ambiciones gubernamentales y enriquecer a capitalistas y demás ladrones sociales; si los trabajadores mirasen el futuro como algo propio, así como un panto que se debe conquistar cueste lo que cueste, y se dejaran de tantos antagonismos y de todas las ambiciones y deseos de grandezas; si todos los hombres fueran buenos; si se respetaran mutuamente ¿no sería un lindo manicomio este mundo, que contiene tantas bellezas y creaciones humanas y naturales?

¡Pobres hombres, están tan entretenidos en defender a sus tiranos, que no se acuerdan en arreglar sus miserias y demás teorías que rodean su existencia!

Trabajan como animales domésticos, sudan como bestias de carga y nunca dan una cox al que los fustiga en el yugo.

Ellos mismos con su aplastamiento moral, demuestran ser predestinados a soportar injurias y demás canaladas de parte de quien los explota.

Y el loco seguía pensando:

Yo también fui víctima de la explotación burguesa; también mis carnes fueron acariaciadas por el látigo capitalista, ¡canallas! no permitieron que repusiera mis fuerzas perdidas tan miserablemente en pro de sus beneficios.

Yo sé que soy un «loco» que pretén de pasar por cuerdo; sé también que muchos de vosotros pensáis que «mis ideas locas» van tomando cauce en las filas proletarias y teméis que el mundo se transforme en un manicomio; sé también que no solamente hay «locos» como yo en esta «patria» sino que en otras latitudes del planeta habitan seres que tienen los mismos síntomas de enfermedad que yo; que tanto el que está junto a la fragia como el que se halla en el fondo de la mina tienden a exteriorizar sus anhelos, su necesidad de mejorar completamente su situación, tan pesadamente obligados a soportar.

En nosotros (nosotros) late constantemente la idea de realizar el «sueño irrealizable» de formar una sociedad de hombres libres, individualidades creadoras, que serán en conjunto la materialización del pensamiento revolucionario: el triunfo de la Anarquía.

Queremos una sociedad basada en la libertad individual para obtener la libertad colectiva; que todos seamos cooperadores de la riqueza social, no creando de esta forma la tan egoísta y ruin propiedad individual, por ser ésta una de las causas de la discordia que existe en la actual So-

ciudad.

Que cada uno sea dueño de habitar el lugar que crea más adecuado a su temperamento e inclinaciones.

No estando dividido el planeta como está actualmente en varias fracciones —que son otras tantas «patrias» engendradoras del odio entre sus habitantes—, los hombres no estarán sujetos a contribuir con su sangre al sostenimiento de esa «señoría» que se prostituye con cualquier «celestino patriota» que necesite de ella.

En fin, no habiendo «patria» que defender los hombres no matarán; no existiendo leyes que violar, los hombres no sufrirán cárceles, ni serán perseguidos por toda esa legión de parásitos: burgueses, políticos, empleados de gobierno, procuradores y políticos.

La vida estará estereotipada en todos los rostros, como una clara y evidente muestra de la felicidad y regocijo que gozan todos los seres.

Los «cuervos» que viven en la sociedad del oro; los «cuervos» que habitan grandes palacios y construyen maravillosas naves que son un triunfo de la inteligencia humana; los «cuervos» que marchan a la vanguardia del progreso y de la civilización, se des trozan sin miramiento, no les resta ni un átomo de hombres que razonan para volver por sus conquistados del pasado. Olvidaron las edades pretéritas; olvidaron el progreso, el arte, la civilización, la vida misma madre de todo lo creado.

El fuego domina y la muerte triunfa.

Los «cuervos» sueltos cometiendo miles de barbaridades, y los «locos furiosos» encerrados para que no perturben la «Paz».

Mario Castellano.

Cultura de barbarie

—s—

Están verdes que dijo la zorra.

Cuando se contempla y analiza ese crimen nefasto que ensangrienta a la tierra y que no lleva todavía miras de acabar, no sugiere la contemplación y al pensamiento otra idea que la dicha por la zorra de la fábula: Están verdes.

Están verdes los hombres. Están en el mismo periodo de barbarie donde se encontraban veinte o treinta siglos atrás. Con el agregado, que han unido ahora a la destrucción, el adelanto de toda su incultura.

Los hombres que se han sentido heridos cuando un hambriento acusado recurría a robar y a matar para no ser víctima de su desgracia; aquellos que censuraron el puñal de un Buto, de un Caserio, de un Angiolillo, de un Bresci; aquellos que por civilización y cultura condenaban los hechos individuales que

iban en contra de la sociedad; aquellos que han odiado a la Anarquía y a toda doctrina «evolucionaria», no por el fin humano que perseguían, sino por el esfuerzo y la masacre que había de costar; esos hombres d'go, mas cínicos que ignorantes, mas criminales que humanitarios, mas hipócritas que no sinceros, llevan ahora al matadero a esos ejércitos que no son ya aldeas ni pueblos ni ciudades, sino países enteros, millones y millones de seres que inculcados de un falso patriotismo y de los mas negros sentimientos de humanidad, usan y abusan de aquello que tanto temor injustificado le tenía: del puñal, de la pólvora y de la dinamita.

Y el resto del mundo; ese espectador con apariencia de cordero y con entrañas de hiena; esa recua adocenada que hace del planeta el circo para recreo de sus instintos, admira y se apasiona por los bandos en lucha, y fomenta todavía indirectamente el fuego de unos entusiasmos que han de llevarle y no ta dará muchos años a la reproducción de otra masacre igual.

Porque es inútil. La idea de muchas patrias será siempre la causa del crimen, de la destrucción y de la barbarie.

Falta que el buen sentido abargue en el corazón humano. Que se perfeccionen los sentimientos.

Están verdes, que dijo la Zorra.

A. Gutiérrez.

Soy la miseria

—s—

Yo soy el germen de la anemia, de la tuberculosis, del cólera y de cuantas enfermedades afligen a la humanidad; yo construyo grandes palacios y tengo por morada una obscura pocilga; yo construyo carreras y vías férreas y recorro mi trayecto a pie, siembro y cosecho los más ricos y refinados alimentos, los que se llevan aquellos que me desprecian, danome para mi nutrición todo lo más averiado para que no muera de una vez. Porque temen mi muerte, porque mi muerte será la caída de su orgullo y sin mi no pueden vivir, aunque sin embargo me desprecian; yo no tengo patria y estoy en todas partes, mi bandera es un guirapo todo hecho jirones que por cada lado vierte sangre. Yo estoy en el fondo de las minas, en los talleres, en los campos, en las guerras, y mis defectos los causan terror a los que no quieren entrar me de las dolencias que padecio. Mi flo nomia, es un espectro como el de la muerte. Todos huyen en mi presencia, pero siempre estoy al lado de los príncipes y de los emperadores del Zar y de los reyes y de los presidentes y de los archi-

lonarios y grandes banqueros. Yo les llevo los ricos manjares que ellos devoran con apetito en su mesa, y recibo por recompensa el desprecio. ¡Ah! ¡infames, el día que yo me rebelo, ay de vosotros! por que será el día de vuestro exterminio. Porque así lo queréis. No queréis curarme teniendo el remedio en vuestras manos, y yo antes de morir me rebelaré estirpando de una vez las causas que motivan mi anemia y mi ignorancia, pues todavía estoy a tiempo. Si no lo haceis es porque habeis perdido todo sentimiento humanitario, y debéis desaparecer de la faz del mundo, porque sois los culpables. Seré la miseria que me rebelo, y ¡ay de vosotros! el día que yo despliegue al viento mi bandera. Yo no tengo patria y me hallo en todas partes, y mi ejército estan colosal, que son todos aquellos que gimien en las cárceles y en los presidios. Todos me pertenecen y están prontos a mi llamado.

¡Arrepentíos, egoístas, miserables, mañana os será tarde. Yo os lo afirmo. Yo soy la miseria que os anuncia vuestra caída.

Anton'o Gare'a.

Verdadero Gobierno

El verdadero gobierno, el buen gobierno, es aquel que acepta todas las condiciones de desarrollo social, que observa, estudia, explora, experimenta, que acoge la inteligencia como auxiliar y no como a enemigo, que ayuda a la verdad a salir de la confusión de los sistemas, que se sirve de todas las libertades para fecundizar todas las fuerzas, que aborda de buena fé el problema de la educación del niño y del trabajo del hombre. El verdadero gobierno es aquel al que no ofende la luz que crece sin cesar, aquel al que no da miedo el engrandecimiento del pueblo.

El verdadero gobierno es aquel que pone en la orden del día, para que se profundicen y resuelvan con satisfacción, las cuestiones urgentes y graves del crédito, del salario, de las huelgas, de la circulación, de la producción y del consumo, del desarme del ejército, del malestar y del bienestar del pueblo, de la riqueza y de la miseria; en una palabra, la gran cuestión del pueblo.

El verdadero gobierno es el que organiza y no el que oprime; el que se pone al frente de todas las ideas y no el que excita los rencores. El verdadero gobierno no es, no será jamás el que retrocede. En tiempos como los presentes, los gobiernos deben tener cuidado con las retrogradaciones.

Todo gobierno que retrocede sigue una pendiente que conduce al precipicio.

El verdadero gobierno es aquel que aclara lo que es falso, satisfaciendo lo que es justo; el que hace penetrar la luz en el espíritu del pueblo, para que la fraternidad práctica, la fraternidad que nace del fondo de las cosas y de la identidad real de los destinos humanos, comience a germinar en todas las almas; por todas partes se inclinarán los unos hacia los otros con esa inexplicable sed

de concordia que marcará el fin de las tempestivas...

El verdadero gobierno es el que estudia y resuelve el problema del pueblo que sufre; es el que debe poner en marcha a la sociedad; el que debe hacer reaparecer el espíritu del progreso, restablecer la paz; no solo la paz en las calles, sino la paz verdadera, la paz definitiva, la paz de los espíritus y de los corazones.

El verdadero gobierno, el buen gobierno es el que dice: «es preciso que la derrota de la demagogia sea la victoria del pueblo».

Robespierre.

Parodia ante la muerte

Contra la corriente; en contra de esa inveterada costumbre de descubrirse al paso de un cadáver, levanto hoy mi voz de eterno combatiente a todo cuanto suponga ritualismo o sin fundamento.

Pocos días hace, hubo de ser víctima de un abuso—grave verdad?—cometido por cierto asalariado de la policía. El uniformado hombre tuvo la pretensión que me descubriera ante un entierro que pasaba, y fácil hubiera sido que a no haber chocado con una voluntad como la del subscrito, las exigencias inconsultas obtuvieran su aprobación. Me ref; no le hice caso, y el hecho careció de ulteriores. Dícen solo que pasó por grosero. Mejor. Dichoso si eso les satisface.

Obligar o seguir la costumbre de que el público se descubra ante un cadáver; ante una simple parte de materia que no hace más que cumplir la ley de disgregación para perpetuar la vida, es absurdo y es irrisorio. ¿Qué se ha traído con ello al que dejó de ser? ¿Qué puede reverenciarse con descubrirse ante unos despojos que muchas veces ni en vida se conocieron?

El respeto a los individuos se les debe prestar cuando son tales; en vida; cuando en cambio muchos les vejan y los insultan.

Pero parece como si en todo existiera un remordimiento de culpa. Los que quieren perpetuar la costumbre obligando a que se quiten los sombreros, son casi siempre los que menos respeto tuvieron a la vida. Los que quieren justificarse con esa hipocresía convencional.

¡Fuera máscaras! Si queréis honrar a los difuntos no los martiricéis en vida, y ahorrad vuestro servilismo cuando duermen en paz. Cuando han muerto.

INK ROTH

Consejo de un sabio

Aún los pajarillos no habían anunciado el nacer de un nuevo día, cuando llamaron a la puerta que daba acceso a la morada del filósofo X.

Pausadamente, se levantó éste, y abriendo de par en par la puerta, se encontró ante la presencia de un hombre, quien descubriéndose ante la figura venerable del filósofo exclamó.

—¡Buenos días tenga Vd!... Disculpe me señor, si le molesto a horas tan in-

—Nada hay de molestias ni disculpas, cuando se busca lo que se necesita: ¿Qué deseaba?—interrogó amablemente.

—Un consejo...

—Bien poca cosa es lo que me pides...

—Mucho, es y significa para mí, que tanto lo necesito—le interrumpió el visitante—¡Son los consejos de un sabio tan buenos positivos para curar las heridas que producen los engaños!...

Y como se demostrase deseo de oír la opinión del filósofo, éste le hizo indicación para que diera principio a su relato.

—Desde niño, y durante todo el transcurso de mi vida—comenzó diciendo—siempre procuré que ella se desarrollara entre la paz más perfecta y el trabajo dignificador...

Practicqué la caridad, enseñé en el estudio al que ignoraba; fui consecuente ciudadano, poniendo mi pluma en defensa del derecho y de la libertad de las gentes.

—¡.....!

—Socorrí en mi hogar, a hombres carentes de libertad y a mujeres abandonadas en el arroyo; los hambrientos, hallaban pan en mi mesa, y los enfermos recobraron la salud en mi lecho.

—¡.....!

—Y como en reciprocidad, sólo he recibido desprecios del que socorrí, réplicas del que enseñé, daños del que curé, y falsías de los amigos que en ellos confié, a vuestra casa vengo, en procura pues de vuestro consejo, a fin de que con él, pueda conocer los factores para vivir la placidez bienhechora de la vida, ya que practicando el bien, se me hace ella imposible...

Se levantó entonces el sabio de su asiento, y poniendo una mano sobre el hombro del exponente, tendió la otra señalando la amplia carretera que se perdía entre los frondosos y enmarañados bosques de la tierra, y le dijo:

—¿Ves ese largo y amplio camino?—

—pues por ahí, se vá a todas las partes que desees... incluso a donde se halla la mas grande felicidad de la tierra.

—¿S?—Exclamó interrogativamente el desconocido y curioso visitante.

—¡Sí! ciertamente, si tomas mi consejo! —afirmó el sabio filósofo, y agregó: *Si desas que tu vida jamás se sea turbada y que se desarrolle dentro de la más grande felicidad de tu alma; desconfía de todos y de todos; procura que nadie participe de tu vida privada, y que todos desconozcan tus más íntimos pensamientos.*

F. H. Luque

Conferencias:

El jueves 8 de Abril a las 9 y 15 p. m. tendrá lugar en este Centro la 71.ª conferencia, la que versará sobre:

“Inaugurando un curso”